

CARLOS ITURRA

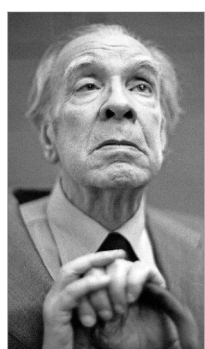
Entre pasado y presente hay una diferencia insuperable, y es la distancia, o perspectiva. Para el presente no la tenemos. En lo actual estamos tan inmersos como nadador en el oleaje, podemos asomar apenas la cabeza sobre el agua para sospechar cuántas otras cabezas nos rodean, y el estrecho horizonte que ahí nos cerca no es el verdadero. Una de las ideas que le oír a José Donoso y que me influyeron y aún influyen, algunas muy radicalmente, está aquella que manifestó como entre signos de exclamación, cosa frecuente en él, con palabras parecidas a estas: "Si hay algo que me obsesiona captar, si hay algo que doy lo que sea por aprehender, por aprehender, es el presente, la esencia del presente, lo más propio y exclusivo del presente...!"

No recuerdo si lo dijo en alguna conversación personal conmigo o durante una sesión de su "taller literario". Es claro que se refería, en todo caso, a lo que buscaba su escritura, a lo que anhelaban sus potentes y agudas indagaciones literarias; me preguntó si no le habría escapado de esa manera rotunda para "aparar" a un joven escritor que se preciosa de lecturas clásicas, forzándolo a una dirección nueva. El caso es que logró esto último: creí comprender, y sigo creyéndolo, que si hay un desafío arduo para cualquiera, pero especialmente para un artista, para un escritor, es el de percibir la esencia del tiempo que le toca habitar, y lograr incorporarla a su obra. Porque de tal manera su obra contará con un componente imposible de hallar en ninguna obra previa, tal como sería imposible encontrar en una obra de ayer rasgos privativos del hoy. Los rasgos del pasado son mucho más fáciles de detectar que los de este minuto; por eso Cartago nos es más accesible que la hora actual. Los rasgos intemporales, perennes, permanentes del hombre, la sociedad, el mundo, están en todas las obras valiosas no importa cuándo fueran creadas; los que singularizan un momento y lo distinguen del anterior o el siguiente, solo están en una obra en la medida en que esta sea contemporánea.

Años después de otré semejante idea a Donoso, di con su antitesis. La había expresado Borges años antes, en unas conferencias conservadas en grabaciones largo tiempo perdidas: "Pienso que la ficción está siempre comprometida con su tiempo. No tenemos por qué preocuparnos por eso. Por el solo hecho de ser contemporáneos, no podemos sino escribir en el estilo de los modos contemporáneos (...) Tomemos como ejemplo la novela Salammbô de Flaubert. Él la llamó una novela cartaginuesa, pero cualquiera puede ver que fue escrita por un francés realista del siglo diecinueve (...)



A JOSÉ DONOSO le obsesionaba captar la esencia del presente.



"PIENSO QUE LA FICCIÓN está siempre comprometida con su tiempo", decía Borges.

francés realista del siglo diecinueve (...) Entonces, ¿por qué molestarse en ser moderno o contemporáneo si no se puede ser otra cosa?" Esta idea de Borges y la aparentemente opuesta de Donoso admiten síntesis: quizá la de que el punto no está en esmerarse por ser moderno a toda costa, pues no hay opción; está en adquirir conciencia de ese factor contemporáneo que, se lo busque o se lo ignore, integrará nuestra obra aun si nos opuséramos a ello, y por

Donoso y Borges: "SOBRAS COMPLETAS"

El narrador chileno y el poeta, cuentista y ensayista argentino diferían respecto de la dificultad de apropiarse del presente en sus obras.

der aprehender también en términos, conceptos, palabras; eso, porque tiene lógica suponer que siempre será mejor contar con la mayor conciencia posible de los materiales con que se trabaja... Uno de los aspectos de la existencia cuya actualidad suele ser de máximo interés para un escritor es el de la literatura en el mundo del siglo XX. Encabezadas por los libros contemporáneos que le gustan o le disgustan; de ahí a garantizar que la preferencia se funda en la perdurabilidad o valor intrínsecos de esas obras... Demasiados errores, en la historia de la literatura tanto como en la historia del libro, o de las editoriales, que desde luego no son lo mismo: condena de obras maestras o canonización de perfectas nulidades por parte de críticos y autores, incluso de grandes críticos y autores, corren parejas con otro orden de ejemplos: el de las ediciones lujosas que tuvieron gran auge desde las décadas del 30 al 70, aproximadamente, del siglo XX. Encabezadas por el memorable sello de la casa Aguilar, editoriales como Plaza y Janés, Luis de Caralt y Planeta, principalmente, se dieron a publicar en papel biblia, empaste de cuero y lomos dorados, "obras completas" y "obras escogidas". En Aguilar, de la que ha llegado a decirse que fue la máxima inversión de Franco en la cultura, es espectacular la colección llamada nada menos que "Obras eternas de autores inmortales"; incluía las obras completas de Cervantes y las de Shakespeare, cada una en un solo volumen; en dos las escogidas de Tolstói, en tres las completas de Goethe, en cuatro las de Stendhal, en cinco las de Balzac, en seis las de Dickens y las de Pérez Galdós... Pues bien, ahí mismo figura un volumen igualmente primoroso del señor Santos Chocano, "completo", en dos el harto mustio Palacio Valdés, en tres Blasco Ibáñez. La colección "Autores contemporáneos", Aguilar también, donde se encuentran Evelyn Waugh y Jean Cocteau, Unamuno y Simenon, incluye al olvidable y ya olvidado Louis Bromfield con cinco tomos, y con otros varios a una tal Mazo de la Roche, mientras que no hay uno solo con obras de Virginia Woolf, E. M. Forster, Borges o Conrad, ¡Cinco para Bromfield, uno para Henry James, ninguno para James Joyce!

¿Multiplicar ejemplos que llegan a infinitos? Está demás. ¿Y responsabilizar a los editores, que si bien deseaban colecciones memorables, asimismo querían ventas; que mal podían distinguir con perfección, en la muchedumbre contemporánea, lo perdurable del efímero? Por ningún motivo.

Es fácil conocer el pasado, difícil conocer el futuro e imposible conocer el futuro, del que "lo único que sabemos", según Borges de nuevo, "es que no será como el presente". Se puede ser precursor, y hay indicios de que Borges lo fue, pero algo de lo que el futuro no siente ninguna obligación de admitir los pasaportes a la inmortalidad que ejipide el presente. Mientras los "mejor vendidos" del presente disfrutaban sus ganancias y sufrían pensando en la posteridad, los poco o nada vendidos —los "longsellers", como genera

los, en cuatro las de Stendhal, en cinco las de Balzac, en seis las de Dickens y las de Pérez Galdós... Pues bien, ahí mismo figura un volumen igualmente primoroso del señor Santos Chocano, "completo", en dos el harto mustio Palacio Valdés, en tres Blasco Ibáñez. La colección "Autores contemporáneos", Aguilar también, donde se encuentran Evelyn Waugh y Jean Cocteau, Unamuno y Simenon, incluye al olvidable y ya olvidado Louis Bromfield con cinco tomos, y con otros varios a una tal Mazo de la Roche, mientras que no hay uno solo con obras de Virginia Woolf, E. M. Forster, Borges o Conrad, ¡Cinco para Bromfield, uno para Henry James, ninguno para James Joyce!

¿Multiplicar ejemplos que llegan a infinitos? Está demás. ¿Y responsabilizar a los editores, que si bien deseaban colecciones memorables, asimismo querían ventas; que mal podían distinguir con perfección, en la muchedumbre contemporánea, lo perdurable del efímero? Por ningún motivo.

Es fácil conocer el pasado, difícil conocer el futuro e imposible conocer el futuro, del que "lo único que sabemos", según Borges de nuevo, "es que no será como el presente". Se puede ser precursor, y hay indicios de que Borges lo fue, pero algo de lo que el futuro no siente ninguna obligación de admitir los pasaportes a la inmortalidad que ejipide el presente. Mientras los "mejor vendidos" del presente disfrutaban sus ganancias y sufrían pensando en la posteridad, los poco o nada vendidos —los "longsellers", como genera

PÁGINA ABIERTA

EL FUEGO QUE LO INSPIRABA

Leonard Cohen (1934-2016) fue un cantante, poeta, novelista y compositor canadiense, entre otras múltiples facetas de una personalidad creativa única en la literatura angloamericana del siglo pasado y comienzos del actual. Publicó doce obras, obtuvo reconocimiento mundial como cantante y creador icónico y legó 17 álbumes, tres de ellos en los años finales de su vida, en la cima de su carrera y popularidad. La llama comprende sus últimos esfuerzos literarios y refleja lo que Cohen quería dar a sus lectores, el cometido que lo mantenía vivo al acabar sus días. Durante el arduo período de la escritura de esta obra, Cohen reanudó su compromiso con la práctica de una meditación rigurosa, a fin de que su mente se concentrara en lo que pasaba al papel mientras su cuerpo se consumía debido a la enfermedad que terminó con su existencia. Según las palabras de su hijo Adam, el artista habría deseado mantener con firmeza la convicción de que la escritura era su verdadero propósito. Cohen era, antes que nada, un poeta y su calidad verificadora será reconocida por quienes lean este ejemplar o se detengan en el significado de sus canciones. "Fui tan lejos en busca de la belleza, dejé tanto atrás lo que me movía y me movía. Pero a pesar de que creía que lo que había dejado atrás era insuficiente, La llama nos prueba todo lo contrario.

Cohen no fue metódico ni estructurador cuando emprendía la tarea de poner por escrito lo que pensaba y sus descendientes hallaron bloques de documentos, cuadernos de notas, fragmentos, servilletas y toda clase de bosquejos en cualquier parte, que los editores han transcritos en La llama; estos materiales proceden de las mañanas de los escritorios en hoteles o de tiendas de barullo; jamás utilizaba libretas doradas, encuadernadas en cuero, lujosas o que por su aspecto parecieran importantes, puesto que prefería los recipientes humildes. A principios de los 90, había en su casa armarios repletos de cajas de libretas o apuntes, que contenían una dedicación tanto a lo que más le definía. Y Adam nos dice que "escribir era su razón de ser, era el fuego que lo inspiraba, la llama más trascendente, que nunca se extinguía".

Si bien Cohen proviene de una familia judía observante, su relación con Dios era un tanto precaria y en cada ocasión que lo mencionaba emplea solo las iniciales de la Divinidad (D en español, G en inglés). Encendía velas y las mantenía diligentemente. Estudiaba y, con bella caligrafía, dejaba constancia de sus consecuencias. Se sentía estimulado por su peligro y a menudo hacía comentarios acerca del artificio de otras personas diciendo que "no manifestaba suficiente interés por el momento, emoción de un sentimiento encendido". Esta ardiente preocupación duró hasta que Cohen expiró. "Lo quiero más oscuro/ Apagamos la llama", salmodió en su postrera balada, que fue su grabación de despedida.

Cohen proporcionó claras instrucciones sobre

cómo quería organizar este volumen, que debía incluir no solo piezas convencionales, sino una generosa porción de dibujos y autorretratos, junto a legajos desconocidos a los que ahora recién tenemos acceso. Previo tres secciones. La primera consiste en 63 poesías que él mismo eligió cuidadosamente de un valioso acervo de composiciones inéditas, que abarca varias décadas. Cohen solía trabajar en sus versos por espacio de mucho tiempo, a veces por lapsos interminables antes de enviarlos a la imprenta y él mismo dio estos títulos por completados. La segunda parte contiene las letras de las canciones que compuso cuando sabía que le quedaba poco para vivir. Todas estas letras fueron originalmente textos poéticos, de manera que pueden ser valoradas como tales por derecho propio, a diferencia de lo que ocurre con la gran mayoría de los cantautores. Los seguidores de Cohen encontrarán ciertas diferencias entre la forma en que estos poemas aparecen en La llama y lo que han escuchado en sus discos. La tercera sección del libro presenta una selección de entradas a los borradores que Cohen llevó consigo desde su adolescencia hasta la conclusión de su trayectoria artística. Son más de tres mil páginas, que abarcan más de seis decenios. Aunque el autor participó en la elección de encabezamientos que se utilizarían, los que habrían de figurar en La llama, no llegó a establecer una sistematización definitiva. Así, resulta imposible proceder cronológicamente, ya que Cohen numeraba sus papeles a partir de un plan indecifrabable y por sí fuera poco, volvía a los mismos temas, distinguiendo apenas las secciones con tinta de diversos colores.

"La llama" comprende los últimos esfuerzos literarios de Cohen y refleja lo que quería darles a sus lectores.

De modo que, a falta de un criterio claro, quienes se hicieron cargo de elaborar esta antología, se debieron por adoptar la misma ordenación de Cohen, pese al carácter disperso, desparpamado e inclusive caótico que encontraron en los manuscritos que conforman La llama. Estos constituyen una vasta gama de estrofas y versos que el propio Cohen llegó a calificar de "retazos"; sus admiradores reconocerán algunos de ellos como proyectos de cantos o bocetos de hermosos himnos. La llama, entonces, carece de una disposición narrativa y se nos muestra en la forma personal en que Cohen imaginó este tomo inclassificable. Hay, desde luego, mucho más en La llama, de modo que es impracticable continuar hablando de lo que un destacado crítico norteamericano describió como una "muestra brillante y clásica de Leonard Cohen, conmovedora, valiente, iluminada con destellos de ira".

Comente en: blogs.elmercurio.cl/cultura



LA LLAMA Leonard Cohen Editorial Salamandra (distribuye Urano), Barcelona, 2019, 343 páginas, \$19.000.

ÓSCAR HAHN LEE A SUS PARES

En palabras sin fronteras. Notas sobre poesía chilena. Óscar Hahn (Iquique, 1938) deja atrás el manido solipsismo, tan presente en la literatura nacional, y se concentra en la obra de sus contemporáneos, no sin antes puntualizar que el libro no es ni una historia de nuestra poesía, ni la propuesta de un canon. A través de sus páginas entabla un diálogo con la vida y con la obra de 10 autores: Carlos Pezoa Véliz, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, Violeta Parra, Eliana Navarro, Enrique Lihn y Jorge Teillier, todos ellos ya fallecidos.

Para Hahn, Pezoa Véliz es quien da inicio a la poesía chilena del siglo XX, ya que es el primer poeta que posee una voz propia, afirmada en nuestros raíces. Pezoa fue partícipe de la llamada "lira popular". Alimentado por esa experiencia, ejerce una descarnada crítica social. Por ejemplo, en el poema "El organillo" habla de aquellos tiempos "cuando la tierra era buena/ cuando no había patrones/ que hicieran siembras de pena/ y vendimas de pulmones". Más adelante, en uno de los ensayos dedicados a Gabriela Mistral, Hahn plantea que una lectura a presión del Mistral podría haber sido víctima de abuso sexual, lo que habría tenido como consecuencia el nacimiento de un hijo. Hahn dice que este poema "funciona como esas maletas de doble fondo. Si uno levanta la tapa, ve las cosas habituales que lepa cualquier viajero, pero si las retira y abre el primer fondo, aparecen objetos inesperados".

De Vicente Huidobro, que inaugura la vanguardia en nuestra lengua, analiza el fondo Altazor, su obra magna. Muestra de manera minuciosa su adscripción al canon vanguardista y su relación con el pensamiento de Nietzsche. Cabe destacar también su ensayo de "Temblor de cielo", un poema en prosa muy poco estudiado. En lo que respecta a Pablo Neruda, expone los cuatro momentos que hay en su poesía amorosa y reflexiona en particular sobre el "Poema 20" y su supervivencia en el tiempo. Se detie-

no, además, en su obra póstuma, destacando dos poemarios algo desatendidos por la crítica: *Geografía infructuosa* y *El libro de las preguntas*.

De Nicanor Parra, a quien concibió a principios de 1960 en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, ofrece una visión laudatoria pero no obsesiva. Las páginas en las que cuenta sus experiencias vivenciales con el antipoeeta son notables, porque ofrecen una serie de claves para describir determinados aspectos de la antipoesía. En cuanto a Gonzalo Rojas, caracteriza su poesía como "un realismo crítico expresado con vocación romántica".

Uno de los aciertos de este libro es la inclusión de Violeta Parra y Eliana Navarro. De Violeta Parra examina con entonación y profundidad el tema del dolor en los *Decimas*, su libro autobiográfico. Y como cantautora que también es poeta, la considera afín a la figura de Bob Dylan.

Por su parte, valora la consecuencia de Eliana Navarro, que se mantiene ajena al hermetismo y a las distancias de las vanguardias. Sustrayéndose a las modas del momento, es una poeta que opta por el orden y por la transparencia. Dice Hahn desde su filosofía pluralista: "Algunos poetas preferirían que hubiera un discurso único, dominante, ante el cual todos se deberían rendir: el discurso de ellos, por supuesto. Pero la poesía dice otra cosa". Los trabajos sobre Enrique Lihn son piezas muy bien logradas, que nos hacen recordar las mejores páginas de John Ashbery sobre la obra de Frank O'Hara.

Hahn ve en la apuesta de Lihn una poesía que piensa la realidad y que se piensa a sí misma. Esta serie de ensayos, tan rigurosos como gratos para el lector, finaliza con una justa revalorización de la poesía de Jorge Teillier.

Palabras sin fronteras es un libro sólido; tan sólido como la obra poética del mismo Hahn.

Comente en: blogs.elmercurio.cl/cultura



PALABRAS SIN FRONTERAS Óscar Hahn Tajamar Editores, Santiago, 2018, 182 páginas, \$14.900. Ensayo

Ensayos tan rigurosos como gratos para el lector.